

GILL THOMPSON

**UN  
OCÉANO  
ENTRE  
NOSOTROS**

Traducción de María Luz García de la Hoz



DUOMO EDICIONES

Barcelona, 2021

A Paul, por su inquebrantable fe y apoyo.  
Y a la memoria de James Albert John Marett,  
FIIIP, FRPS, «Jack» para los amigos.

# Prólogo

Incluso después de tantos años le siguen dando miedo los viajes en avión. Lo peor es el despegue: el chirrido de las ruedas sobre el cemento, el rugido de los motores, el aumento de la presión en los oídos.

Nota un ligero roce en la mano. Baja los ojos. Los dedos femeninos sobre sus nudillos blancos.

—¿Todo bien? —dice.

Él dice que sí con la cabeza y luego mira por la ventanilla. El avión se eleva rápidamente, la pista de aterrizaje ya es un borrón del color de una galleta. El tren de aterrizaje se pliega con un lejano chasquido y el ruido del motor se convierte en un zumbido constante y sordo.

Se enjuga la frente con la manga y apoya la cabeza en el respaldo.

Ella le aprieta la mano.

—Bien hecho. Ahora estarás perfectamente.

Sí, estará perfectamente. Siempre ocurre así. Pero esta vez nota otro tipo de ansiedad. No por el viaje, sino por el destino.

Se toca el bolsillo de la chaqueta y siente, bajo la cálida lana, la firmeza del cartón de la invitación de lujo. No hace falta volver a sacarla. Se sabe de memoria lo que contiene.

Y de repente es de nuevo un niño, emocionado por emprender un largo viaje a una tierra llena de esperanza y oportunidades. ¿Cómo iba a saber a los doce años lo que realmente le aguardaba?

Mira a su compañera. Llevan tanto tiempo casados que su rostro le resulta tan familiar como el suyo propio. Aunque ahora lleva el pelo más corto que cuando se conocieron, aún se queda sin aliento al mirarla. Alarga una mano para acariciarle la mejilla.

–Me alegro de que estés conmigo.

–No me lo habría perdido por nada. Ha tardado mucho.

Un nudo en la garganta le impide hablar. Traga saliva y se pasa un dedo por el cuello de la camisa.

–Cuarenta años –dice con voz ronca.

–Media vida. Pero al final ahí lo tienes. Tal como tú dijiste.

El rótulo de abrocharse el cinturón de seguridad se ha apagado. Ella busca bajo el asiento, se pone el bolso de piel sobre el regazo, saca una botella de agua y se la pasa.

Él bebe un largo trago. Ella siempre sabe lo que hay que hacer.

–Ojalá hubiera llegado antes. Para algunas personas ya es demasiado tarde.

–Todos los que puedan ir, irán. Y recuerda por quién estás haciendo esto.

Él afirma con la cabeza y se vuelve otra vez hacia la ventanilla. El horizonte está lleno de franjas de brillantes colores: turquesa, naranja, verde... todos procedentes de un sol feroz que se está poniendo. Pronto cruzarán el cielo oscuro en aquel tubo de metal durante infinidad de kilómetros, hasta llegar a Camberra. Y a la ceremonia a la que van a asistir.

Este es el día por el que ha estado luchando. Cierra los ojos y los rostros del pasado aparecen frente a él.

Nadie los había escuchado entonces.

Ahora los escucharán.

# **PRIMERA PARTE**

**1941-1947**

# 1

Solían llegar por la noche. Entonces daba más miedo.

Molly oyó la sirena bajo las mantas de la cama. Bajó las piernas, haciendo una mueca al tocar el linóleo, fue de puntillas hasta la ventana y apartó la cortina. ¿Podía arriesgarse a mirar fuera? Respiró hondo, levantó una diminuta esquina del papel marrón que cubría el cristal y miró. Haces de luz cruzaban el cielo. Debían de buscar aviones: cargados de bombas y acercándose rápidamente, sin duda. Tendría que despertar a Jack.

Al pasar fugazmente ante el espejo, un borrón grisáceo en la oscuridad, vio su propio fantasma: camisón blanco y el cabello oscuro y rizado enmarcándole el rostro. Pero Jack no se asustaría. Estaba ya acostumbrado a esa rutina.

–¿Mami? –balbuceó el niño medio dormido.

–Vamos, levántate.

Odiaba arrancarlo del acogedor nido, perfumado con el débil aliento que olía a pulgar chupado y a leche. Debería despertarlo del todo y hacerle bajar andando la escalera. Pero necesitaba dormir, pobre criatura, así que se cargó al hombro el cuerpo de su hijo de cinco años y bajó tambaleándose. Cuando llegó a la mesa de la cocina, le pareció que se le iba a romper la espalda, y puso al niño debajo del mueble con

más brusquedad de la que pretendía. El niño murmuró y se hizo un ovillo.

Molly sacó del armario la cesta con provisiones que había vuelto a preparar tras el último ataque: un pasamontañas, una linterna, la gorra de plato de Mick y una grasienta baraja a la que le faltaba el dos de corazones.

Lo metió todo bajo la mesa. Jack seguía inmóvil y el ruido de fuera no había aumentado. ¿Se atrevería a preparar té? Encendió la cocina, dando gracias por el calor, llenó la tetera y la puso a hervir mientras buscaba el recipiente. ¿Y algo de comer? Quedaba media rebanada en la panera. Tendrían que comerlo sin nada más. Se había quedado sin mantequilla y la mermelada era un recuerdo lejano. Cuando era niña, la despensa de su madre resplandecía con frascos de conservas: confitura de grosella, mermelada, dulce de membrillo, salsa de tomate. Mamá se pasaba el otoño recogiendo, hirviendo y removiendo, y el aire se volvía dulce con el aroma a fruta y azúcar. Ahora era imposible hacer algo así. La guerra les había robado todos los lujos, incluso los caseros. Pero fue la neumonía la que le robó a su madre, poco después de que naciera Jack. Y la última guerra se había llevado a su padre.

El pitido de la cocina rivalizó con la sirena de la calle. Molly cogió el cazo y echó el agua hirviendo en la tetera. Otra breve vaharada de calor. Lo removió mientras el vapor le subía hasta la cara. No había tiempo de calentar el tarro. Coló el líquido oscuro, añadió un poco de leche de la jarra de la despensa y se metió bajo la mesa, apretando la taza.

Jack se había sentado. Tenía el pelo de punta, como siempre, y a pesar de que la oscuridad lo volvía todo monocromo, Molly sabía que las manchas rojas de sus mejillas estarían desvaneciéndose por el aire frío de la cocina. Siempre estaba calentito en la cama, metido bajo las sábanas como un lirón... Le puso el pasamontañas en la cabeza y ella se caló la gorra.

Jack necesitaba estar abrigado; además, las astillas que sobresalían en la parte inferior de la mesa podían hacerle daño. Se lo acercó y lo apoyó sobre su pecho.

—¿Son los malos? —preguntó Jack, con palabras ahogadas por el camisón.

—Sí, cariño. Bombarderos seguramente. Estaremos a salvo bajo la mesa.

Molly miró la habitación en sombras. ¿Cuántas horas habían pasado allí, noche tras noche, mientras la Luftwaffe cometía sus atrocidades? A veces, si se producía un ataque a la luz del día, los Clark les dejaban compartir su refugio anti-aéreo. Si vivieran cerca de Balham, podrían haber ido a la estación. Pero a Molly no le gustaba el metro. Ni la casa de los vecinos tampoco. Era mejor estar en su propia casa. Jack y ella, a salvo en su guarida.

Jack no había vuelto a preguntar por Mick. Ella le había hablado de Dunkerque.

—Papá subió a un barco para venir a casa con nosotros —le había dicho—, pero no consiguió llegar.

—¿Se lo comieron los malos? —había preguntado Jack una vez, mientras le estaba leyendo un cuento para dormir.

—¿Comérselo? ¿De dónde has sacado esa idea?

El niño se había acurrucado junto a ella.

—Bill dice que comen niños.

Molly hizo una mueca. Aquel Bill Clark era demasiado mayor para sus años.

—Pues claro que no. Papá intentó volver con todas sus fuerzas, pero el mar estaba demasiado agitado. Ahora estará cuidándonos desde el cielo.

Parpadeó para alejar la imagen de Mick debatiéndose en las aguas oscuras. Abrió el guardapelo y le enseñó a Jack la foto que conservaba dentro. Mejor que recordara a su padre feliz y sonriente con su cabello moreno, tan oscuro y poblado



como sería el de Jack en el futuro, aunque en la foto Mick llevaba el pelo alisado con brillantina. Pero los otros recuerdos se los guardaba para sí: Mick cogiéndole el rostro con las manos para besarla; rodeándola con el brazo mientras encendía un cigarrillo en la oscuridad; y cantando. Siempre cantando. A veces se despertaba oyendo su voz: *In Dublin's fair city / where the girls are so pretty / I first set my eyes on sweet Molly Malone.*\* Las palabras la acariciaban. Y cuando más tarde se miraba en el espejo, seguía sonriendo.

Fue una noche brutal, como muchas otras. Apenas durmieron por culpa del ruido: el ulular de la sirena, el silbido y el estruendo de las bombas, el estallido y el estrépito de escombros que caían. El aire olía a acre. Hubo un momento en que Molly estaba segura de que les había caído una bomba directamente. Se oyó una explosión terrible y toda la casa tembló. Tapó con las manos los oídos de Jack, con todos los músculos rígidos, y esperó a que el estallido los arrancara de su escondite. Pero no pasó nada. El corazón de Molly latía como una ametralladora y tenía los labios tan secos como el papel. Se los lamió con dificultad.

—¿Estás bien, Jack? —susurró.

Los ojos de Jack eran como faros en la oscuridad. Asintió ligeramente y volvió a acurrucarse contra ella. Molly besó su pelo cálido, inhalando el aroma del niño, y sintió que se relajaba. El ruido fue disminuyendo.

Cuando sonó la sirena que indicaba el final del bombardeo, ya había amanecido. Aunque las ventanas impedían el paso de la luz, Molly oyó los alegres cantos de los mirlos.

\* («En la bonita ciudad de Dublín / donde las chicas son tan guapas / vi por primera vez a la dulce Molly Malone».)

También el de un petirrojo, que trinaba tímidamente. Debía de ser el mismo que había visto en el jardín el día anterior, escarbando la tierra en busca de gusanos. Croydon volvía a cobrar vida de nuevo, como siempre, por mucho daño que hubieran hecho al barrio durante la noche.

A veces se preguntaba si debería haber enviado a Jack fuera de Londres. Al parecer, cada semana empaquetaban a un niño de su clase con una máscara antigás y una maleta marrón mientras su madre contenía las lágrimas y lo despedía desde el andén. Seguro que Jack estaría más seguro en Hampshire o en Dorset, los destinos más populares entre los evacuados según la prensa. Pero Molly no soportaba pensar que otra mujer criara a su hijo, lo acunara, cocinara para él. Ya había perdido a Mick; no podía perder también a Jack. ¿Y quién sabía cuándo iba a terminar esta guerra? No, seguirían juntos pasara lo que pasara.

–Despierta, Jack, hijo.

El niño se había vuelto a dormir, en postura fetal sobre la manta, y respiraba ligeramente a un ritmo suave. Se estiró y gimió. Molly salió arrastrándose, con los miembros agarrotados en la fría cocina. Puso la radio y encendió el fogón donde estaba el cazo. Los posos que habían quedado en la taza se habían enfriado. Una taza de té caliente la despertaría. Eso y un poco de música.

La radio crepitó y luego dejó escapar una serie de gruñidos. Winston Churchill estaba dando otro de sus vehementes discursos. Jack dijo que le aburría y Molly estuvo de acuerdo con él. Ninguna cantidad de «sangre, sudor y lágrimas» le devolvería a Mick. Giró uno de los mandos con el oído pegado al aparato para detectar cualquier música. Por fin: «In the mood» de Glenn Miller. Aquello estaba mejor. Necesitaba sacudirse de encima toda la bilis.

–Ven, vamos a bailar.

Metió la mano bajo la mesa, sacó a Jack, que no dejaba de bostezar, y lo ayudó a ponerse en pie. El niño tropezaba cuando ella trataba de hacerle dar vueltas, así que se limitó a sujetarle la mano y a girar de un lado a otro. Y durante todo el tiempo, no dejaba de tararear, disfrutando de la sensación de ligereza cuando el borde de su camisón se agitaba en el aire.

Cuando terminó la canción, Jack se dejó caer en la silla de la cocina.

–Estoy cansado, mamá.

–Entonces, mírame.

Ahora cantaban las Hermanas Andrews. «Don't sit under the apple tree», «No te sientes bajo el manzano». Molly cogió una cuchara de madera y se puso a cantar, adoptando una postura tonta para hacer reír a Jack. Pero en lugar de reírse, el niño frunció el ceño y alargó la mano para apagar la radio, como si hubiera oído algo. Molly se detuvo. Jack estaba en lo cierto. Sonaban golpes muy cerca. Apagó la música. El ruido era tremendo en medio del silencio: bum, bum, bum.

–Cañones –susurró, tragando la saliva que le llenaba la boca–. No te muevas.

Jack ya estaba como una estatua, pero por si acaso, Molly se llevó el dedo a los labios y cruzó la cocina de puntillas. Apartó el visillo y miró por la ventana. ¿Otra vez? ¿Es que no habían tenido bastante? Pero solo vio a la señora Clark, con su turbante, agitando un sacudidor. Una polvorienta alfombra naranja y roja colgaba de la cuerda de tender y su vecina la golpeaba como si le fuera la vida en ello. Molly se echó a reír.

–¡La señora Clark debe de estar haciendo la limpieza de primavera!

Jack corrió a mirar y también se echó a reír. Molly volvió a poner música.

Cuando Bill llamó a Jack para llevarlo a la escuela, Molly se quedó en el umbral mirando la pequeña figura que se alejaba lentamente por la calle, con la chaqueta que le quedaba grande y el zurrón marrón de la máscara antigás.

–Mírame, mamá, soy un colegial –había dicho la primera vez que se había probado el uniforme.

Era doloroso separarse de él tras una noche como aquella. Un sol acuoso iluminó brevemente a Jack antes de desaparecer al doblar la esquina. Molly sintió un escalofrío cuando dio media vuelta para volver a entrar en casa.

Puso a hervir agua en la cocina con aire cansino y luego subió la escalera para recoger el puñado de ropa sucia que había en un rincón del dormitorio. En aquellos días, todo parecía cubierto de polvo o de serrín. Mientras esperaba a que el agua hirviera, se preparó otra taza de té y se sentó a la mesa de la cocina, pensando en Jack, como siempre. Le preocupaba el efecto que le produciría la guerra. Una vez lo había sorprendido cargando un tirachinas con unas bolitas de metal que había encontrado en la vieja caja de herramientas de Mick.

–Lucharé contra los malos cuando lleguen –le había dicho–. Así aprenderán a no llevarse a los padres.

–Tenemos soldados que luchan por nosotros –había respondido Molly, agachándose frente a él y apartándole un mechón de pelo–. Necesito que me ayudes de otra forma.

–¿Cómo?

¿Qué le dices a un niño sin padre que intenta ser un hombre?

–Bailando conmigo, por ejemplo –había dicho Molly finalmente, levantándolo y dándole una vuelta en el aire.

La cocina estaba llena de vapor y las ventanas empañadas cuando se dio cuenta de que el agua estaba hirviendo. Se puso en pie frotándose la espalda, se quitó el anillo de casada y lo dejó en el alféizar de la ventana. Luego empezó la rutina de la colada: poner el jabón, agitar el agua, echar la ropa, hervir,

restregar las manchas sobre la tabla de lavar y aclarar. Era un trabajo duro, pero al menos le impedía pensar. Cuando la ropa estuvo lista para tender, notaba la mente más ligera.

Abrió la puerta trasera con el cesto de ropa apoyado en la cadera.

Y se quedó helada.

El jardín era una escena de destrucción: por todas partes había montones de tierra con hierbajos. Las macetas estaban hechas añicos y las plantas desparramadas sobre el poco césped que quedaba. La carbonera estaba destrozada y la cuerda de tender había desaparecido. Y justo en medio había un agujero grande y profundo.

Como una sonámbula, Molly dejó el cesto en el suelo, se acercó y miró el agujero. Cuatro hojas de metal sucio con forma de cruz, unidas por finas varillas. Como si un monstruo enorme se hubiera estrellado de cabeza contra el suelo, dejando visible solo la cola.

Recuperó la conciencia de golpe.

—¡Mick! —gritó. No, Mick no—. ¡Señora Clark! ¡Socorro!

Silencio en la casa vecina. Menos mal que Jack estaba en la escuela. Entró corriendo en la casa y se detuvo en la cocina jadeando, con la mano en el pecho. Dos semanas antes había caído una bomba sin explotar en Fairfield Road. Resultó que la bomba tenía un temporizador. Una unidad de la Royal Navy fue a desactivarla y evitó el desastre. Pero esta podía explotar en cualquier momento. Tenía que conseguir ayuda rápidamente si no quería que Jack se quedara de golpe sin madre y sin casa. ¿Dónde estaba el guardia de la Vigilancia Antiaérea? Cruzó a toda prisa la casa y salió por la puerta principal.

Había recorrido veinte metros por la calle cuando la tierra tembló violentamente y una explosión colosal la levantó por los aires.

## 2

Kathleen miró su reloj. John llegaría a casa en una hora. Debería estar pelando patatas y no mirando por la ventana. Solo un minuto más y se pondría a trabajar. Había estado lloviendo. Pero ya había salido el sol, que calentaba la hierba húmeda y hacía salir vapor del césped. Miró las gotas de lluvia que caían de las puntiagudas hojas de la menta australiana. Cuando les daba el sol, parecían diamantes.

Los hijos de los Carter estaban jugando en el patio trasero. Scott, tan mandón como siempre, le decía a Chrissie que se diera prisa en bajar del columpio; quería subir él, era su turno. Le dio un fuerte empujón y Chrissie chilló indignada. Kathleen sabía que Chrissie detestaba aquello; le gustaba ir a su aire. Scott sacudió el columpio para obligar a su hermana a bajar. De repente sonó un gemido agudo: Chrissie había aterrizado de golpe en la hierba y se sujetaba un brazo. Kathleen se puso en movimiento, preguntándose si debería avisar a Jenny Carter. Detestaba ver a la pobrecita Chrissie herida en el suelo. La niña necesitaba que la levantaran y le dieran un abrazo. Si hubiera sido su hija, Kathleen la habría cogido en brazos y le habría susurrado hasta que dejara de llorar.

–Levántate y no seas llorica –se limitó a gritar Jenny por

la ventana, con aquel deje neozelandés que contrastaba con el acento australiano de los niños.

Kathleen apoyó las manos en el cristal. Se preguntó qué aspecto tendría desde el otro lado: un rostro triste que miraba, como el de un niño al que han prohibido jugar.

–Deja de meterte en la vida de esos niños –le había dicho John en una ocasión–. Ya tienes aquí suficientes cosas que hacer para que encima quieras meter la nariz en los asuntos de los vecinos.

Pero ¿de verdad las tenía? ¿Qué había allí aparte de interminables faenas domésticas?

El sol dejó al descubierto un diminuto insecto, previamente camuflado por la lluvia, que trepaba por la lisa superficie del cristal. Kathleen sacó un pañuelo del bolsillo y aplastó el pequeño bicho con un crujido. Lo envolvió en el pañuelo, echó el aliento sobre el cristal y lo frotó. Cuando volvió a mirar, la ventana volvía a estar limpia.

Cinco años de matrimonio habían bastado para que las habituales referencias a «los críos y los renacuajos» se disolvieran en un embarazoso silencio. Los amigos dejaban a sus hijos en casa cuando iban a visitarlos. Los parientes dejaron de pedirles que fueran padrinos e incluso de invitarlos a los bautizos. Nadie quería caras largas en su fiesta.

Kathleen utilizó la parte limpia del pañuelo para quitar el polvo a la foto de la boda. Pasó cuidadosamente el tejido sobre la imagen de John: espaldas anchas, labios delgados que sonreían a la cámara, una mano que, con gesto de propietario, rodeaba la cintura de su torpe novia vestida de seda color marfil. ¿De veras fueron una vez tan jóvenes y optimistas? La foto parecía destacar en solitario en la repisa, como si esperase compañeras. Pero no habían llegado más.

No le habrían importado las noches sin dormir, ni los dedos pegajosos sobre los muebles, con tal de tener un hijo propio.

Cada mes traía una espiral creciente de esperanza que a los pocos días se convertía en una sensación de tristeza y pérdida. El dolor era casi insoportable.

El médico le había aconsejado que llevara un diario con sus días fértiles y ella lo utilizaba también para anotar sus sentimientos ante el desengaño de cada mes. A veces escribía cosas sobre John.

«John». Maldita sea. ¿Dónde habían ido a parar los últimos diez minutos? Ya no tenía tiempo para meter el cordero en el horno como era su intención; tendría que freírlo. Se agachó y miró en la fresquera Coolgardie. La carne estaba al fondo: dos diminutas chuletas envueltas en papel de periódico que se quedarían en nada al ponerlas en la sartén. Menos mal que había conseguido unas pocas patatas viejas en la verdulería. Tendría que quitarles la parte verde, pero el puré llenaría un poco más el plato. Y aún debía de quedar algo del colorante para carne que había utilizado esa mañana para broncearse las piernas. Cogió el delantal del gancho que había detrás de la puerta y se lo puso sobre la blusa gris y la falda de mezclilla. Luego sacó el cuchillo del cajón y empezó a pelar patatas.

Tras dejar los trozos de carne frita en un plato, cubiertos con un paño, y las patatas hirviendo en la cocina, subió la escalera a toda velocidad. Tenía el tiempo justo para empolvarse la cara, brillante a causa del vapor de la cocina, y comprobarse el pelo, que por suerte seguía teniendo las ondas de la laca. A John le gustaba que la casa estuviera inmaculada, pero también quería que su mujer pareciera no haber sudado en toda la vida.

En el salón estaba el sofá verde oscuro, con dos cojines de cuadros marrones y blancos en cada extremo. Kathleen los ahuecó, dio un paso atrás para observar el conjunto y luego, movida por un impulso, se adelantó y alejó un poco un cojín de su vecino. El equilibrio se rompió.



A las seis en punto oyó un coche en el camino de entrada. Se atusó el pelo, se quitó el delantal y fue al vestíbulo. John entró con el aire húmedo y fresco del exterior. Le dio un beso en la mejilla y gruñó un saludo. Luego ella fue a la cocina para servir la cena mientras él se dirigía al comedor a prepararse una bebida. Al colar las chuletas de cordero y el puré por el pasaplato, Kathleen lo vio en el sofá con el entrecejo fruncido, moviendo uno de los cojines para restaurar la simetría. Sonrió para sí.

Más tarde, como de costumbre, se sentaron uno a cada extremo de la mesa de caoba, brillante de tanto frotarla.

John cogió una cucharada de puré. Hizo una mueca. Se la llevó a la boca.

—¿Te has enterado de lo último?

Kathleen negó con la cabeza. Esos días apenas escuchaba la radio. Las noticias rara vez eran buenas.

—Es gordo. —John movió el mantel un centímetro para que el borde quedara alineado con el extremo de la mesa.

Kathleen reprimió el impulso de darle un tirón antes de responderle.

—¿Qué ha pasado?

—Esos malditos nipones han atacado otra vez. Cinco mini-submarinos se colaron anoche en el puerto de Sídney. Hundimos dos de esas ratas de alcantarilla, pero consiguieron lanzar un torpedo contra el malecón del puerto.

Kathleen respiró hondo.

—Primero Darwin, ahora Sídney. Los próximos podemos ser nosotros.

—Perth está demasiado al oeste. De momento estamos a salvo.

—¿Eso es oficial? ¿Lo has sabido en el ministerio?

John adoptó su típica expresión de cautela.

—No puedo decirlo. —Siguió masticando con cara de mártir.

No volvió a hablar hasta que ella sirvió el pudín, preparado con manzanas caídas del árbol de los Carter. Rebañó el cuenco con la cuchara y se aclaró la garganta tosiendo con el estilo que utilizaba para darse importancia.

—¿Y tú qué has hecho hoy? —Miró la habitación como si comprobara su estado de limpieza.

En la mente de Kathleen apareció de súbito una imagen: brazos abiertos y pies bailando. La borró rápidamente. Pluguiera a Dios que él no la encontrara perdiendo el tiempo y pasándose bien.

—Comprar... cocinar... limpiar —canturreó.

John asintió con aire de aprobación.

—El postre estaba bueno. —Movié el pimentero levemente, para acercarlo al salero.

—Sí... conseguí algo de azúcar. Suficiente para hacer un bizcocho mañana.

—Bien por ti.

Kathleen puso cara de reproche.

—¡Tu madre te hizo goloso con tanto mimo!

John rio por lo bajo.

—Eso es lo que hacen las madres, mimar a sus hijos. No como en esta casa.

Cuando Kathleen se levantó para recoger los platos, se dio cuenta de lo rígidas que tenía las piernas. Ya notaba en los músculos la clase de gimnasia a la que había asistido en Lacey Street. Aunque llevaban un año dándolas, aquel día era el primero que había reunido valor para ir. Había disfrutado de la camaradería de las otras mujeres y de la oportunidad de quitarse la ropa ceñida para cambiarla por el pantalón corto holgado y la camisa Aertex que había comprado a espaldas de John. La clase había sido divertida. No se había estirado y doblado de aquel modo desde que era una niña sin preocupaciones. Y en lugar de irse a casa directamente tras la clase,

había dado una vuelta por el parque para respirar el aire perfumado y empapado por la lluvia. Cuando regresó, la casa parecía haber encogido y corrió a la ventana. La excursión le había recordado lo confinada que estaba en su casa. Necesitaba confirmar que el mundo exterior seguía existiendo.

—¿Alguna posibilidad de tomar una taza de té? —La voz de John la devolvió al presente. Apretando los labios, puso agua a hervir.

Cuando le llevaba el té a John, se dio cuenta de que no le había preguntado por su jornada laboral.

John sonrió con aire de suficiencia.

—No muy mal, querida. He hablado con el ministro y me ha preguntado por ti.

La miraba; era su preámbulo para hablar, pero lo hizo esperar un poco. Colocó las tazas de porcelana en la mesita que había al lado de la silla de John antes de dirigirse a su sitio. Luego se sentó y cruzó las piernas lentamente antes de formular la pregunta.

—¿Te han dicho algo del ascenso?

John alargó la mano y enderezó la cuchara antes de coger la taza y dar un sorbo a la infusión caliente. Se recostó un poco en la silla. Puede que él también estuviera jugando o, más probablemente, saboreando el momento.

—Estará listo muy pronto —dijo.

—Qué bien. Has trabajado mucho, John.

No merecía la pena provocarlo. Si le hacía esperar demasiado el halago, se pondría irritable. Era mejor soportar su vanidad que su mal humor.

—Sí. —John terminó de beber el té y volvió a dejar la taza en el platillo—. Ha dicho que le gusta que lo tenga todo en orden. Al parecer, soy el más equilibrado.

Kathleen inclinó la cabeza hacia él.

—Dame los cacharros sucios. Me los llevaré.

John le pasó la vajilla y ella volvió a la cocina para terminar de fregar. Se tomó su tiempo al lado del fregadero, con las manos metidas en el agua jabonosa. La cocina era de su gusto: armarios verde pálido, paredes crema y baldosas de linóleo color beis y verde en el suelo. Todo era perfecto, menos... Frunció el entrecejo ante los tres patos voladores de la pared. John los había puesto allí, después de pasar horas midiendo y probando posturas. Era lo único de la cocina en lo que había insistido. Cada vez que los veía, pensaba en aquellas pobres criaturas esforzándose por liberarse. Y John inmovilizándolos en la pared.

A las diez de la noche ya estaban listos para irse a la cama. Kathleen se untó la cara de crema fría, deleitándose en la humedad que le empapaba la piel mientras eliminaba la suciedad del día. El familiar aroma la transportó a la época en que su madre hacía el mismo ritual. «Crema evanescente», la llamaba. Cuando era pequeña, Kathleen se sentaba en la cama de su madre para ver si desaparecía.

–Trata de ser una buena esposa –le había dicho mamá a Kathleen el día antes de que se casara con John–. Y una buena madre también, cuando llegue el momento. –Lo había intentado. Lo había intentado de veras. Con desgana, cogió el cepillo del pelo.

John había sido compañero de golf de su padre, aunque era más joven. Su padre había arreglado el matrimonio, igual que lo arreglaba todo, ansioso por tener un yerno con un buen futuro. Al principio Kathleen se había sentido halagada por aquel funcionario entusiasta, deseoso de agasajarla con comidas y bebidas. Aunque le había sorprendido que le propusiera matrimonio tan pronto, había aceptado sin reparos. Él parecía amable y enamorado de ella. Y el matrimonio le permitiría escapar de la estricta disciplina de su padre. Por supuesto, a su padre no le había gustado que se mudaran a

Perth desde Melbourne casi inmediatamente después de la boda. Era una pena que el hijo que siempre había deseado desapareciera de su vida tan pronto. Y Kathleen se dio cuenta demasiado tarde de que se había limitado a cambiar un hombre dominante por otro.

Gracias a Dios, él jamás le había puesto la mano encima. En una ocasión, Kathleen había trabajado con una mujer que se ponía una capa de maquillaje del grosor de un dedo para ocultar los moratones que le había causado su marido la noche anterior. No, el método de John era más sutil. Un comentario despectivo aquí, una mirada reprobatoria allá. Y la comprobación constante de las faenas domésticas. Pero ella había igualado la puntuación un poco antes. Sonrió al recordar el cojín cambiado de lugar. Aunque él volviera a ponerlo en su sitio, había sido una pequeña victoria.

Se miró en el espejo. Sin maquillaje, su rostro era del color de la masa del bizcocho que haría al día siguiente. Quizá debería permitir que el sol le diera un poco más en la piel. Un tono saludable la haría parecer más relajada. Se pellizcó las mejillas. Mejor que el colorete. Su madre le había enseñado aquel truco. La rojez se extendió y su rostro pareció más brillante.

Un sonido le hizo mirar el reflejo de John. Estaba recostado, leyendo un libro, pasando las páginas con impaciencia. El diseño rosa de la tapa le resultó familiar. Dio media vuelta. Estaba leyendo su diario.

—Esta noche parece prometedora. —La lámpara de la mesita de noche hacía que sus ojos parecieran cuencas vacías.

Kathleen se ruborizó, enfadada por la profanación y avergonzada por las palabras de él. Incapaz de decir nada o de criticarlo, su rabia se volvió contra sí misma, contra su estupidez. Era muy descuidada. ¿Qué otra explicación tenía haber dejado el diario, con su revelador sistema de validaciones y cruces, en la mesita de noche?

–Dame eso –dijo, alargando la mano.

John se lo dio con una sonrisa lasciva. Menos mal que no había visto lo que había escrito sobre él. Al menos eso creía. De haberlo hecho, estaba segura de que se habría dado cuenta. Estaría furioso. Por suerte, lo único que vio en su expresión fue lujuria y no cólera.

Intimidad era lo último que tenía en mente, pero no podía retrasar más tiempo el momento de meterse en la cama con él. No había escapatoria. Se alisó el camisón de algodón, se quitó las zapatillas con cuidado y las colocó al lado de la cama para cuando se levantara por la mañana.

Luego se metió lentamente en la cama, a su lado.

### 3

Abre la mesita de noche y rebusca hasta el fondo. La madera está sin pulir y se araña la mano con pequeñas astillas. Pero allí no hay nada. ¿Por qué nunca es capaz de encontrar lo que pierde?

Sacude la cabeza para reducir el zumbido de los oídos. Las abejas se le han vuelto a colar dentro.

La mujer de la cama de al lado se inclina hacia delante. Tiene los dientes amarillos y el aliento le huele a queso. Sus trenzas grises se agitan.

–¿Qué hace esa, enfermera?

–Vuelve a la cama, Annie. Deja a Margaret en paz. ¿Margaret? Ahí no hay nada. Ya te lo he dicho antes.

–Lleva horas registrando, enfermera. Metiendo las manos dentro de la mesita y murmurando no sé qué sobre abejas en la cabeza. –Annie se arranca una costra de la nariz–. ¿Qué estás buscando, chica? Ya te hemos dicho que ahí no hay nada.

La otra no hace caso a la mujer.

La guerra vuelve a estar dentro de su cabeza. Casas que se derrumban. Humo negro. Madera que arde. Polvo de carbón. Alcantarillas malolientes. Entonces fue cuando llegaron las abejas.

Pensar duele. A veces aparecen imágenes: un hombre, un

niño, una playa. Una mesa con un mantel naranja. Pero no duran. Y vuelve la oscuridad.

El carrito llega traqueteando por el pasillo.

–Margaret, es la hora de tu desayuno –dice la guapa enfermera Sanders, con su brillante cabello rubio y sus alegres andares.

Ella coge la bandeja que le da la enfermera, come las gachas pegajosas y se bebe el té tibio.

–¿Quieres el *Sketch*? –interviene Annie de nuevo–. Ya lo he terminado. Nunca hay noticias buenas. Las viñetas es lo mejor que tiene.

En el extremo de su cama aparecen un montón de hojas desordenadas.

¿De qué sirve leer el periódico? Siempre habla de la guerra. Fotos de soldados y aviones; imágenes de hombres con bom-bín. Nunca cuenta nada que ella necesite saber. Qué ha perdido ella, por ejemplo. Y cómo encontrarlo. Coge el periódico y lo tira al suelo.

–Vamos, Margaret. A lo mejor alguien quiere leerlo. –El doctor Lee se agacha a recoger el periódico, lo dobla y lo deja a los pies de la cama. Luego se sienta al lado de la mujer–. ¿Cómo te encuentras hoy, Margaret?

La mujer se encoge de hombros.

–La enfermera jefa me dice que no te dejas poner inyecciones.

La mujer vuelve a encogerse de hombros.

–Necesitas ponerte la insulina, Margaret. Te ayudará a ganar peso. –El doctor Lee le rodea la muñeca con los dedos–. Todavía estás muy delgada.

–Las inyecciones duelen.

–Pero harán que te sientas mejor.

Hay algo más. ¿Qué es? Se golpea la cabeza con la mano. Le zumba la cabeza. Eso es.



–Sigo teniendo las abejas. ¿Podría sacármelas?

–Hummm. –El doctor Lee coge el gráfico que hay a los pies de su cama y escribe algo en él–. No es fácil, querida. Creemos que tus oídos resultaron dañados durante el bombardeo. El zumbido acabará por desaparecer. Solo tenemos que darle tiempo.

La mujer sacude las mantas con los pies.

–¿Algo más?

El doctor la mira. Tiene hoyuelos en las mejillas, como marcas de dedos en una masa.

–Sigo sin encontrarlo. He mirado por todas partes.

–Sí. Lo he estado pensando. –El doctor Lee juguetea con su pluma–. Me gustaría probar un tratamiento diferente. Electrochoque. Puede que te ayude a recordar algo más.

La mujer se sienta erguida en la cama.

–¿Eso me ayudaría a encontrar lo que he perdido?

–Es posible, sí. Puede que parezca algo extraño, pero creemos que ese tratamiento mejorará tu memoria. Empezaremos mañana.

Calla para escribir algo más en el gráfico y luego lo vuelve a poner en el extremo de la cama. Da media vuelta.

–Y bien, Annie, ¿cómo te encuentras hoy?

El doctor Lee señala una caja de madera que hay en un rincón, de la que sobresalen botones y cables.

–Parece una radio, ¿verdad?

–¿Están ahí las Hermanas Andrews? –pregunta la mujer.

El médico se echa a reír.

–Me temo que no tiene música.

Ella deja caer las manos sobre el regazo.

–Estaré todo el tiempo contigo. Te lo prometo. –El doctor toca un timbre de su escritorio–. Por favor, enfermera, prepare a la paciente con una intravenosa.

–¿Margaret? Voy a pincharte. –Las manos de la enfermera Sanders tiemblan.

–No me gustan las agujas.

–Lo sé, querida, pero esta no te hará mucho daño. ¿Por qué no cierras los ojos?

Margaret siente dolor, luego frío.

–Ya está. He terminado. Ya puedes mirar.

Se oye un crujido en un rincón. La enfermera Sanders lleva una cosa negra que parece una pequeña máscara antigás. Quizá le preocupe que vaya a haber un bombardeo. Pobre enfermera Sanders. Es demasiado joven.

Los ojos castaños del doctor Lee están muy cerca. Huele a tabaco.

–¿Puedes contar hacia atrás desde cien, Margaret? Te ayudaré a empezar. Noventa y nueve... noventa y ocho...

Margaret está buscando de nuevo. El humo ha vuelto. Se atraganta. No puede respirar. Los edificios se derrumban a su alrededor.

Oscuridad.